



Título de la obra:
Sonrisa a distancia

Autor:
David Londoño Mesa

Técnica:
Mixta

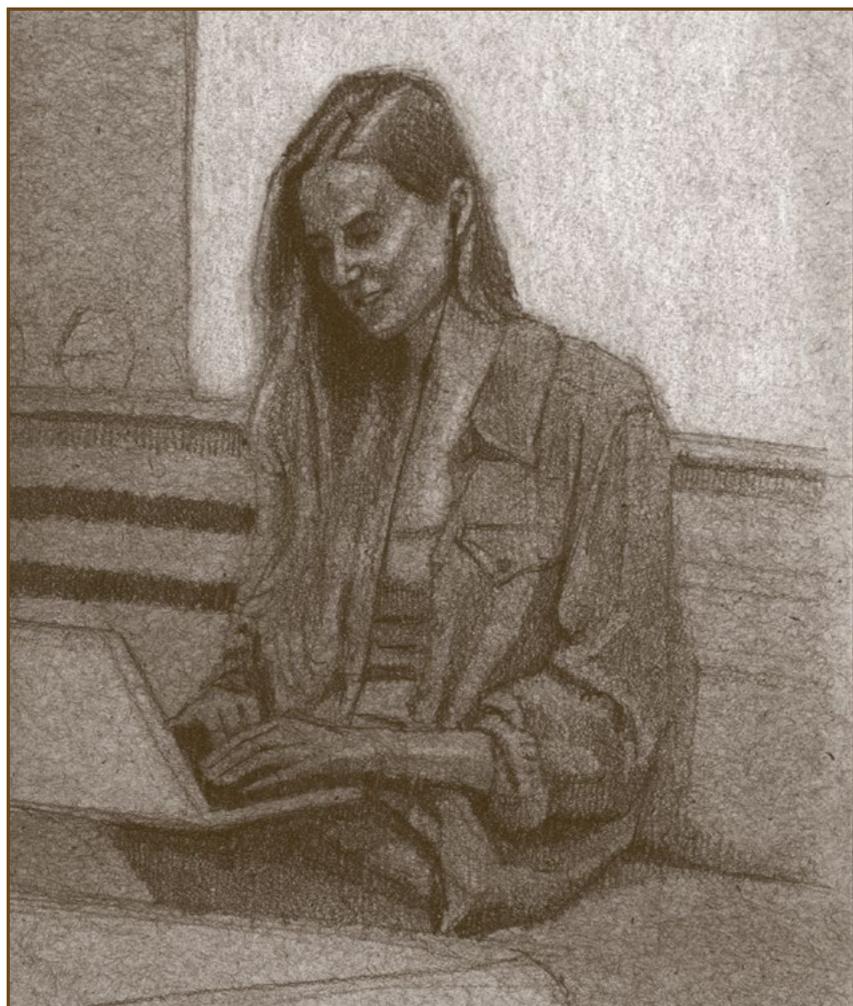
Año:
2020



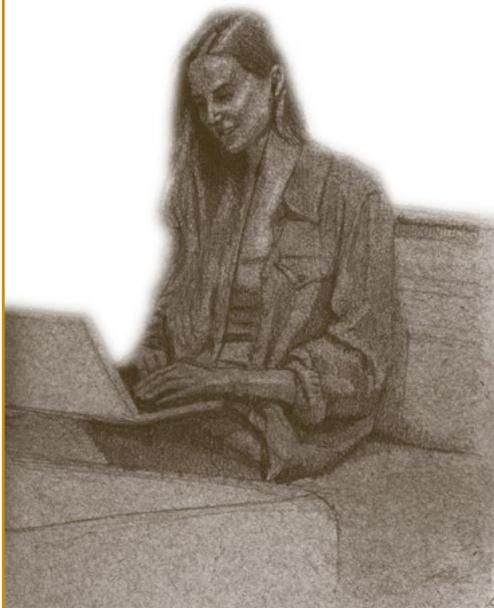
*DRA. SILVIA GRINBERG

Lich-Eh/Conicet-Unsam
grinberg.silvia@gmail.com

LO QUE LA PANDEMIA NOS DEJÓ COVID 19. SHOCK, EDUCACIÓN Y TECNO-PRESENCIAS



.....
* Investigadora del CONICET. Directora del Centro de Estudios Desigualdades, sujetos e instituciones (CEDESI) y Profesora regular de sociología de la educación y Pedagogía en la Escuela de Humanidades, UNSAM. Profesora regular Pedagogía y coord. Área Sociopedagógica, UNPA-UACO.





A través la interrogación de la pandemia a través del giro al título de la ya clásica película *Lo que el viento se llevó*, que se refiere ya no a aquello que el viento se llevó sino a lo que dejó, nos instala entre lo que supone lo actual por eso que estamos siendo (Foucault, 1999; Deleuze, 1999). Solemos pensar los procesos sociales, y muchas veces también los individuales por lo que perdemos, lo que fue. La pregunta por lo que la pandemia nos dejó nos lleva a posicionarnos en otro ángulo: aquello que estamos siendo, las huellas de una pandemia y de una anhelada pospandemia. Una mirada que también es una invitación a detenernos. Como en la salida de toda crisis, cada vez más nuestra energía se dirige a querer mover

hacia adelante, a desear tanto como necesitar que pase, a desear/saber/decir ya pasó, sigamos. Ahora, esa tarea nos va a encontrar necesariamente con lo que quedó, con las huellas y marcas que también dejan tanto las presencias como las ausencias. Estamos caminando y viviendo entre los trazos de lo vivido, recogiéndonos. Eso que somos hoy nos vuelve a encontrar con lo que estuvimos siendo. Si esto vale para cualquier institución o ámbito de nuestra vida social e individual la escuela y, de modo más general, la educación se encontrará una y otra vez con esa interrogación.

Esta mirada procura evitar caer en la tentación que supone dar al futuro por sentado. Aquella que señala que se anticipó con la pandemia y que, por ejemplo, en el caso que nos ocupa que la educación o la escuela se volverá digital, así como suponer que eso que llegó porta una suerte de desenlace fatal sobre el que poco podemos hacer o pensar. Se trata de al abrir el archivo y, retomando a Derrida (2011), aceptar que todo, por tanto, también el futuro, “comienza por el archivo o el mal de archivo” (81). En ese texto, Derrida, refiriéndose a Crusoe, formula lo siguiente “¿soy yo? ¿es mi huella?... ¿quién habrá decidido qué?, e, ¿ir adónde? Esta es la pregunta que me plantea esa huella de pie desnudo, como huella de un hombre (p.77). Vale esa interrogación para tensionar estos años que vivimos en peligro -a veces pesadilla- de la que no sabemos si ya despertamos. La tentación e incluso la muy humana necesidad de huir hacia adelante -como Crusoe en/de la isla para fundarse como nuevo en una nueva sociedad-, de dejar el dolor atrás no puede evitar que nos encontremos con esas huellas, aquellas que no sabemos si son efectivamente las nuestras. Pero que, sin duda, están allí, entre lo que la pandemia nos dejó.

Sobre ese nos dejó de la pandemia vale la pena señalar que no todas sus huellas traen consigo una cuestión *sui generis*. Se trata de los trazos que ocurren entre aquello que hemos sido y aquello que estamos siendo. Las enormes desigualdades no llegaron con el Covid 19. Esto se vuelve clave si no sólo queremos entender qué fue lo que pasó, sino también y de modo muy especial comprender algo de nuestra actualidad. En suma, la tendencia a seguir, a dar vuelta la página no va a poder evitar re-encontrarse una y otra vez con la urgencia de ponerle palabra al mundo, a eso que vivimos. La duración es un presupuesto, afirma no sin ironía Arendt (2018) refiriendo a la universidad que había surgido en la posguerra, mientras recuerda que con las tecnologías “el fin no es saber, sino un saber que sea aplicable” (p.683) y ello se profundiza “porque en la sociedad de consumo (no hay) duración”. Y, por tanto, “es la permanencia la que está siendo desafiada”. La educación, aquella que está siendo, la que ocurrió de modo intempestivo entre las pantallas, y la que está por-venir no va a hacer más que encontrarse con esas tendencias, con la experiencia, con las huellas y su permanencia.



Las formas de la educación que nos permitieron seguir y la vuelta a una escuela que no es aquella que fue o solía ser, pero que tampoco es tan diferente. La educación no va a dejar de hacerse entre las huellas, los ecos que quedan entre las voces en pantalla, con la mirada que se asoma entre caras aún tapadas, con los relatos, ansiedades, con las tecno-presencias, con el shock que vivimos, con lo que la pandemia se llevó, con lo que nos dejó.

II.

La pandemia del Covid 19 nos enfrentó con muchas situaciones, emociones y tensiones, fortalezas, debilidades, e, incluso, con aquello que no sabíamos que teníamos pero que está y estuvo esperando para sostenernos allí, cuando todo parecía caerse. Los agujeros, nuestras fragilidades quedaron escritas el mismo día que la OMS declaró pandemia. Como aquellas sentencias que no tienen vuelta atrás ese día, mientras esperábamos que pasara rápido, empezamos a saber que algo cambiaría. Mucho se dijo sobre sus derroteros y no hace falta más que volver a abrir portales, diarios y redes para reencontrarse con los presagios. Sin embargo, todo ello que se abrió como opciones abiertas al infinito no hace más que complicar las cosas, mientras nos recuerda que lo único que se nos vuelve certero es la incertidumbre. Casi dos años después estamos entre la sensación de “ya pasó” y empezamos a salir o mejor aun queriendo pensar que ya está. Escribo este texto el mismo día que en la ciudad donde vivo, al sur del Ecuador, se habilita la posibilidad de andar sin barbijos (tapabocas) en espacios abiertos, mientras que, en el lado norte, iniciando el invierno, empiezan a preocuparse por la suba de casos.

En este proceso queda la pregunta por lo que nos dejó la pandemia. La necesidad de andar sobre nuestras huellas, sobre lo vivido, las angustias e inseguridades que quedaron expuestos, van a atravesar de muy diversos modos nuestra cotidianidad y seguramente la escolaridad.

Entre otras tantas instituciones, la educación ha transitado el shock de la pandemia. Si el Covid llegó como shock, la escuela de un minuto a otro se vio golpeada, tocada por todos sus efectos. Por la fragilidad de la vida en sí, por la dificultad del encuentro mientras que esa fragilidad se hacía palpable en los cuadritos de las plataformas que empezaban a aparecer. La educación se hizo posible entre tecno-presencias que nos recordaron los muy diversos y desiguales sujetos que habitan las aulas: aquello/as para lo/as que esas formas de la tecno-educativa fue agobiante y desconectaban/se apagaban; quienes, resultado de las tantas brechas que nos atraviesan, no tuvieron la opción de agobiarse entre pantallas, ni de encontrarse con eso/as otro/as en las plataformas digitales de la educación; quienes se encontraron con otros por primera vez entre esos cuadritos, para esos niño/as que en su ingreso a la escuela tocar a otro/as fue tocar pantallas; quienes debían alfabetizarse entre pantallas, quienes perdieron familiares, amigo/as, las ausencias y podríamos seguir. No se trata de hacer un diagnóstico aquí, sino de vernos entre esas fragilidades entendiendo que a la escuela llegan/rán todas juntas, en muchos casos como gritos silenciados que se apilan y amontonan tal como suele ocurrir con las necesidades cuando tocan la puerta de las instituciones educativas. Las escuelas están siendo caminadas por esas subjetividades. No sabemos de quién/es son esas pisadas, pueden ser las nuestras, las de nuestro/as hijo/as, familias, colegas, etc. Todas huellas que están ahí, esas

que el Covid 19 nos dejó, esas que en la forma de shock nos estampó cuando se cerraron las puertas y la red de redes abrió sus ventanas. En ese momento empezamos con fuerza a preguntarnos cómo iba a ser lo que ya estaba viniendo.

Incertidumbre y crisis, tan caras a los relatos gerenciales, encarnaron nuestras vidas. Desde fines del siglo pasado, de la mano de la literatura de la autoayuda y de otros tantos relatos y géneros, hemos sido llamados a aceptar que el futuro sería incierto. Pero con el Covid 19 aquello que se volvería incierto era el presente. Quizá el primer texto de este tipo que se globalizó fue aquel que relataba la vida de ratones en busca del queso; ese texto nos decía que debíamos prepararnos para cambiar, para no quedarnos, para hacer de la incertidumbre y el cambio un estilo de vida. Si el Covid19 llegó como shock, entre tantas otras cosas, fue porque esa incertidumbre se volvió muchas cosas menos un estilo de vida.

Covid 19 shock. Primero pensamos, deseamos, que fuera algo menor que pasaría pronto. Luego que pasaría rápido. Y, en un después que no deja de ser un hoy, no dejamos de estar allí, como en estas líneas, intentando comprender. Sobre él y nuestra experiencia todo se dice y se lee. Quizá porque necesitamos hacerlo, porque saber es la reacción más precisa al shock. Para algunos saldríamos mejores: la solidaridad que nos hace cuidarnos, la vuelta de natura, aparecía/en como promesas de que algo mejor saldría de este shock. Para otros, no sería tan así. Nuestra vida en el mundo seguiría su curso, junto con un conjunto de lecturas en las que los relatos más temerarios de la ciencia ficción se entrelazan como ciencia de lo real en nuestras actuales vidas.

No nos importa, aquí, cuál de esos argumentos resulta más certero, sino lo que portan en común: la necesidad de pensarnos, de pensar quiénes estamos siendo, cómo estamos saliendo de todo esto. La pregunta crítica, como supo recoger Foucault (2009) de la máxima kantiana, involucra la interrogación por las condiciones históricas que nos hacen ser quienes somos. Las huellas, lo que el Covid19 nos dejó o nos está dejando. Enfrentarnos una y otra vez con las múltiples caras de la desigualdad y la tan humana como no humana fragilidad.

En la era del antropoceno, de la gran aceleración hacer borrón y cuenta es el primer ímpetu. Salir del shock se vuelve imperativo. Esa sensación es la primera que vuela entre las escuelas, pero también no hace falta más que caminar sus pasillos para encontrarnos entre los rastros que ese shock nos dejó. Se abre, entonces, la pregunta por cómo estamos caminando, por ese volver a mirarnos, escucharnos y sentirnos. Todo ello retorna a una escuela donde las caras empiezan a aparecer; aquellas que se escondían entre los cuadritos de las plataformas; aquellas que se juntan con las voces, con la palabra, con su posibilidad.

En un contexto sin duda diferente-, Arendt (2018) se preguntaba “¿cómo se podría soportar el sobresalto de la realidad sin ese hacerse palabra?” (p.xx) Un hacerse palabra, un pensar(nos) como la acción, probablemente, más propia de lo humano de eso que vivimos, de eso que estamos viviendo. Estar atentos, mirar, pensar como aquello que nos es propio. Poner palabra, nos permite/irá transitar un momento para el cual no hay ni había forma de estar preparados porque de otro modo no hubiera sido shock. Este será el desafío de la esco-

laridad, procurar entender aquello que vivimos, cuestionar, conceptualizar, pensar el mundo que vivimos como un camino para encontrar aire, respirar hondo, mirar, mirarnos.

Ahora y en medio de esa búsqueda nos hemos encontrado nuevamente con la docencia, con el ejercicio de una profesión que sin duda es aquella que, con todas sus dificultades y desafíos tecno, hace de la circulación de palabra una posibilidad. Resuenan, entre tantos, el relato que hiciera un docente que resaltaba una y otra vez el término vínculo: “Les dijimos que nosotrxs antes de dar actividades, establecíamos VÍNCULOS. Que teníamos que saber si es pibx tenía cómo acceder a ellas, si disponían de dispositivos que les permitiesen ver y resolver lo dado. Si tenían conexión durante todo el día y de calidad, si disponían de un espacio físico para lograr un ambiente de estudio. Les dijimos que nos preocupaba por sobre todo ese VÍNCULO; que ahora iba a ser distinto, virtual. Nosotrxs, junto a las familias gritamos en cada red social que lxs pibxs no leen con la panza vacía y que necesitan que confiemos en ellxs para realizar lo pedido...” (ver, <https://www.unsam.edu.ar/feriahumanassociales/>).



III.

Mientras íbamos viviendo y aceptando que no sería pasajero fuimos viendo o buscando que algo se mantuviera estable, o nos devolviera alguna estabilidad. Cuando no podíamos ir a la plaza, cuando no se podía visitar a la tía, cuando no podíamos hacer programas con amigos, cuando nuestras aulas se vaciaban, casi como una respuesta inmediata la escuela, los docentes empezaron a buscar la forma de hacerse presentes. Una forma de sujetarnos a/de algo. Como me decía la mamá de Santino, un nene de dos años que la pandemia sorprendió en el año en que iniciaba su escolarización, él se calma haciendo las actividades del cuadernillo que le dieron en el jardín. ¿Se calma, se entretiene, juega, aprende? Quizá no importa qué de todo ello ocurría, no sabemos en qué medida y de qué modo. Mientras tanto, la escuela encontró la forma de estar allí, un modo de aferrarnos, de evitar que lo sólido se desvanezca en el aire. Permanecer, durar.

La educación expresa/ó las tensiones del Covid 19 shock que, con el correr de los días, se hicieron carne, pantalla-cuerpo en todos nosotros. La educación está/estuvo o intentó al menos estar allí, haciendo lo que puede con lo que se tiene, mientras inventa lo que no tiene. Mientras el shock se apoderaba de nuestras vidas, la tarea de educar no dejó de ser un poco refugio. Detenernos a pensar en otro tema, aunque más no fueran los 40 minutos que nos concedía la plataforma.

Mientras a diario las críticas sobre la necesidad de la educación pública se apilan, el encierro en casa nos recordó que por suerte la tantas veces criticada y, en muchas escenas abando-

nada, escuela está allí, porque necesitamos volver palabra nuestra experiencia, porque ese encuentro que nos trae la escuela, ese vínculo, se nos hace indispensable.

Surfear el mar de la incertidumbre requirió ocuparse del dictado de clases. Una batería de alternativas se abrió. Las escuelas han ido y van probando. No podrían hacerlo de otra manera. Si 2020 fue el año de los cuadritos en las pantallas, 2021 el de las burbujas.

En los días de pandemia nuestras casillas de email se llenaron de ofertas con publicidades de cursos y plataformas *on-line*. Clases entre plataformas; tareas que llegaban por redes, cuadernillos, actividades. Tratamos de aferrarnos, de intentar no perder mientras íbamos aceptando que algo se perdía y que tendríamos que ver qué haríamos con eso.

Un mundo de tecno-presencia se encarnó/a nuestras vidas. Nuestras agendas se colman a diario con actividades y propuestas *on-line*. No solo el aula se virtualizó, sino también nos encontramos con pijamadas y cenas que empezamos a tener *on-line*. Una intimidad que se volvió pantalla. El mundo de las pantallas, como lo grafica la figura¹ se volvió igual o más estresante que el presencial, mientras tanto lo híbrido tampoco nos da respiro.



En ese entre, una alumna manda un mensaje preocupada a su profesor porque no entiende: “porque no es lo mismo cuando te lo explica el profesor ahí en el frente”, y, cierra el mensaje con un sencillo “viste?” aquel que busca confirmación, complicidad. Las aulas virtuales nos han, de alguna manera, rescatado de naufragar en el Covid19, pero también nos recordaron que no todo se desvanece en el aire. La desigualdad de la que tantas veces hablamos como un dato de una realidad dada y que espera resolverse con la distribución de equipamiento. Pero hay otra cara de la que se habla un poco

¹ Se trata de la producción de un estudiante de una escuela metropolitana del Partido de San Martín (Buenos Aires, Argentina), tomada de <http://www.unsam.edu.ar/feriahumanassociales/n/55>

menos que es la necesidad del profesor, de quien está allí para alfabetizar, para explicar, aquel que enseña, con el que se dialoga en clase entre gestos, gestualidades, palabras.

Arendt se refería a la centralidad política de tomar la palabra en los asuntos públicos. La educación no deja de ser, de muy diversos modos, el lugar en el que esa palabra se hace posible. La tarea de educar tiene ante sí la responsabilidad de hacer circular la palabra, enseñarla en su posibilidad, alternativa y potencia. Cada año cuando un/a niño/a entra a 1er. grado no importa dónde, en qué latitud, ni en qué escuela algo de ello comenzará a ocurrir. Incluso si ese niño/a tuvo acceso a la alfabetización previamente y comienza su escolaridad primaria con algunas de esas habilidades ya adquiridas. Algo diferente ocurre en el aula, en la escuela.

La lectura, la escritura a la vez que involucra una serie muy compleja de procedimientos adquieren otros tonos, unos que son propios de esa tarea que uno hace con otros, entre otros. Sin ese otro no es posible ese aparecer ni tomar la palabra.

En esos días de shock nos dimos cuenta de ello. Lo estamos viviendo. Mientras muchas de esas habilidades pueden enseñarse y ocurrir en las formas de la virtualidad. Extremadamente aprovechada en estos tiempos. Otras simplemente no son posibles.

“
Tratamos
de aferrarnos,
de intentar
no perder
mientras
íbamos
aceptando
que algo
se perdía.
”

No es la primera vez que las urbes atraviesan pandemias. La educación escolarizada, la escuela pública, aquella que autores como Condorcet o Comenio imaginaron, entre tantos otros de los que intervinieron en la creación de esto que hoy es nuestro sistema educativo, es heredera de las pandemias, de los pánicos y fobias que atravesaron la vida urbana, la urbanización de nuestras vidas desde el siglo XVI (Foucault, 1999). Entre otras, la creación de instituciones como la escuela o el hospital protegerían a la población. Como antaño, encerrarse fue parte del cuidarse. Claro que, en esta pandemia, las cosas variaron un poco, pero algo de la pregunta por la desprotección se hizo carne entre nos. Muchas escenas de violencia de las que la escuela se ocupaba quedaron al descubierto en estos tiempos.

Hay un plus en esta tarea de protección, de resguardo de memoria que la labor de educar lleva consigo. Ese vínculo del que habla la docente que permite volver común aquello que pertenece a todos, pero a la vez a nadie. Quizá por ello salimos todos corriendo a hacer algo para que eso quede también protegido. La educación es garantizar el pasaje, la transmisión de lo que está en el mundo a quienes llegan a él. De otro modo, como dijera Arendt, cada generación deberá empezar siempre de cero. La escolarización nos devuelve algo de estabilidad, esa tierra para dejar nuestras huellas.

La máquina de enseñar que hace decenios describiera Skinner, prometía resolverlo todo. Así, mientras google se volvió verbo, la pandemia nos enseñó que el Sr. Google no es médico ni tampoco biblioteca, que You Tube no es un aula, que con un tutorial podemos aprender, pero que necesitamos de un docente que nos enseñe, que surfear las redes no es estar juntos.

IV.

La tarea de preguntarnos qué nos trajo hasta aquí reclama a gritos de nuestros esfuerzos de comprensión. Como con otras pandemias apostamos a la vacuna para salir de esta, pero si es verdad que las crisis nos enfrentan a la pregunta por el futuro, se trata de uno que necesita ser pensado. Cómo llegamos a ser quienes somos se vuelve interrogación clave en tanto nos acerca a alguna respuesta sobre lo porvenir. Pero a la vez abre el presente como un futuro abierto que nos recuerda que son muchos los posibles que nos esperan de aquí en más. El futuro no llegó para quedarse. Y esto se vuelve clave cuando el mundo de las pantallas, de la tecnología aparece como la única respuesta posible no sólo en este hoy convulsionado, sino como futuro anticipado. No son nuevas las escenas de los cursos *on-line*, el chip encarnado, el control digital. Todas escenas narradas por la ciencia ficción que de a poco parecen volverse cotidianeidad. Pero donde la interrogación crítica, la mirada genealógica para decirlo en términos de Rose (2007), nos recuerda que hay un plus que escapa, un mal de archivo.

Burroughs (1961) refería a la obsesión por el control porque no puede evitar enfrentarse con aquello que escapa y, por tanto, se vuelve

obsesión: el afecto. Eso que surge y solo puede aparecer en el estar con muchos y que es impredecible por definición. Ese vínculo, ese algo del orden del común que ocurre cuando los individuos nos encontramos con otros. Es este costado que la educación está llamada a conservar. Lo desconocido que supone por definición lo común y que a la vez nos permite vivir sin tenerle miedo al otro, aquel donde los siempre otros dejan de ser amenaza. La escuela nos vuelve siempre otros frentes a otros, nos acerca y nos hace saber que somos parte de algo que no puede ser sino en su diferencia. Eso que amenaza con diluirse en la pantalla escolar, ese algo que tiene que ver con el ruido del aula, aquel que nos recuerda que estamos con y entre otros. Escucharnos a todo/as y cada uno/a en la diversidad de los tonos que tienen nuestras voces, olerlos, tocarnos, sentirnos.

Algo de ello lo buscábamos esos días en las pantallas, esperamos que nuestros tantos otros se nos volvieran más cercanos, modos de recordarnos que están/mos. Mientras las pantallas nos permiten mantenernos en nuestra presencia, parte importante de eso por-venir se dirimirá en las formas en que nos haremos presentes frente a los otros. Y, para ello necesitaremos cada vez más de lo que nos es propio, de la palabra, de la escuela, de la presencia.

Quizá la principal tarea de la escuela, entonces, sea parar, detenerse un poco a pensar más allá de apologéticos e integrados. De aquí en más lo que resulte de la puja entre virtualidad y presencialidad va a tener mucho que ver con aceptar que no se trata de una u otra y que si lo fuera la digitalización ya está, llegó. De forma que se abre la urgente necesidad de pensar cómo será educar en la sociedad postmedia.

Cómo no quedar atrapados entre la tecnología que se traduce en duración, presupuesto. Cómo fugarnos de ello a la vez que nos encontramos con su potencia. El mundo adulto tiene muchas veces la tendencia de increpar a la infancia, de reprocharle aquello de lo que ya no es capaz (Agamben, 2001). Y en ese punto recordar que la pregunta más difícil que tendemos antes nosotros no es del orden del cómo, sino del qué, del sentido, la pregunta política por los valores. Si Comenio pensaba las imágenes como un modo de captar la atención de la infancia, en el presente deberemos preguntarnos si cuando pensamos en el mundo digital solo se tratará de ello. Sin duda las redes nos pueden haber ayudado en la tarea de ponernos en contacto, pero el docente *tik tok* no va a sacarnos del laberinto.

En esta tarea se nos vuelve imperioso que le quitemos todo halo mágico a la cuestión. Las tecnologías parecen portar en sí la promesa de la democratización. De hecho, como la bibliografía crítica lo señala, las compañías *Ed-tech* se presentan como una panacea para resolver todos nuestros problemas (Jain, Lall & Singh, 2021; Grimaldi & Ball, 2020; Biesta, 2010). Ahora, si algo nos dejó claro la pandemia es que esa promesa con suerte es una hermosa

fantasía. La tan mentada brecha digital nos recuerda que las tecnologías, más allá de todo halo o aura que queramos asignarles, no resuelven nada per se. Si algo quedó a la vista son las enormes desigualdades, las ya existentes que se volvieron visibles y las que llegaron como novedad; todas con la crisis humanitaria que hemos vivido quedaron expuestas como venas abiertas. Lejos estamos de que ellas se desvanezcan en el éter porque, incluso las esperanzas de salir más solidarios que todos cobijamos, necesitan recordarnos que las brechas no nacieron el día que la OMS declaró pandemia ni van a desaparecer cuando se declare endemia.

De forma que si esperamos que las aulas híbridas nos resuelvan los problemas que tenemos, tendremos que recordar, entre otras cosas, aquello que la pandemia nos dejó. Admitir esto nos ayudará a delinear caminos un poco más justos a la vez que a pensar y delinear el lugar de la escuela, su presencia necesaria, rotunda y física en la vida de sujetos y barrios. Esto es, incluso si resolviéramos el problema de la brecha digital en lo que refiere tanto al acceso a artefactos como a conectividad, el problema de qué haremos con esos instrumentos no sólo sigue vigente, sino que será tan importante como urgente.



Esta es quizá la lección que la pandemia nos deja a lo/as pedagogo/as: deberemos poner el caballo delante del carro, porque el carro de la educación de plataforma avanza como topadora. De forma que el tema de la educación, tanto como la distribución de equipamiento, es si la educación puede volverse cosa de máquinas. El primero, acceso y distribución, es principalmente un problema de duración, de presupuesto que, con un poco de voluntad política, se podrá resolver. El segundo más urgente es el que viene con esos equipos, aquel que reclama que nos detengamos a pensar en, con y a pesar de las tecnologías. Si, como se ha señalado, la pandemia anticipó el futuro, la imaginación de la educación en la pospandemia requiere que recordemos que ella fue nuestro refugio, que se trata de una futuridad que, parafraseando a Derrida, es siempre anterior, aquella que resta por venir y que como tal se afecta en la nostalgia de su propio archivo. La educación deviene, entonces, un futuro que pide a gritos ser pensado.

Referencias

- Agamben, G. (2001). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Arendt, H. (2018). *Diario Filosófico, 1950-1973*. New York: Herder.
- Armella, J. (2013). *De Comenio a Coca-Cola, el problema de la atención. O sobre las (nuevas) formas de habitar el espacio escolar*. Buenos Aires: VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Biesta, G. J. J. (2010). *Good Education in an Age of Measurement: Ethics, Politics, Democracy*. New York: Routledge.
- Burroughs con Ginsberg, A. & Corso, G. (1961). Interview with William S. Burroughs. Entrevistado: William S. Burroughs. *Journal for the Protection of All Beings*, s.n.
- Deleuze, G. (1988). ¿Qué es un dispositivo? En *Michel Foucault filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Derrida, J. (2011). *Seminario La bestia y el soberano*. Vol. II. Buenos Aires: Bordes, Manantial:.
- Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1999). El nacimiento de la medicina social. En *Estrategias de poder*. Madrid: Paidós.
- Foucault, M. (1999a). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Grimaldi, E. & Ball, S. (2020). Paradoxes of freedom. An archaeological analysis of educational online platform interfaces. *Critical Studies in Education*, 62(1), 1-16. doi: 10.1080/17508487.2020.1861043.
- Rose, N. (2007). *The politics of life itself*. USA: Princeton University Press.
- Skinner, B. (1970). *Tecnología de la enseñanza*. Recuperado de http://www.conductitlan.net/b_f_skinner/b_f_skinner_tecnologia_de_la_ensenanza.pdf.